

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

El guardián de los muertos

¡Qué pena los muertos! —dijo la mujer mientras caminaba con sus tacones de charol por aquellos pasillos enredados de tumbas. Iba tan metida en sus pensamientos que no detectó la presencia de Fermín, que la seguía a corta distancia. Sacó un pañuelo del bolsillo de la gabardina, lo humedeció con saliva y frotó la fotografía esmaltada de una lápida hasta dejarla reluciente. El taconeo de sus pasos era el único sonido detectable en aquel campo santo. Se disfrutaba de una mañana soleada de abril.

Las grandes losas de piedra, con sus líquenes incrustados venían a embellecer el aspecto decadente del recinto. Todo era hermoso y tranquilo. Viejo, marchito y repleto de nostalgias enterradas. El sitio de reflexión donde ángeles pétreos velaban el descanso de los difuntos. Un aroma especial se apoderaba del lugar, en una mezcla de olor a flores ajadas, junto a las aromáticas que Fermín acostumbraba a plantar en aquel espacio del descanso eterno.

Era su tributo a los muertos. Con estos tenía más deudas que con los vivos. El tiempo le apremiaba, se estaba haciendo viejo y acumulaba graves pecados cometidos. Por las noches, los muertos ofendidos pedían justicia y reparación. Él ya no podía hacer otra cosa en recompensa de sus tropelías. Padecía de alucinaciones nocturnas. Se veía huyendo de algo, la «parca» le acosaba en su huida, le arrinconaba y obligaba a tomar un camino que conducía al fuego eterno, en otras ocasiones le dirigía hasta el borde de un agujero en la tierra por donde se precipitaba.

Junto a los muros, una hilera de cipreses encaminaba las almas de los muertos hacia el cielo. Nuestro hombre admiraba su esbeltez y el suave mecer de sus copas alargadas y estrechas en forma de cono. Absorto y enfrascado se detenía a admirar las hojas perennes y su simbolismo de eternidad, mientras rogaba por el perdón de su alma

para cuando fuera difunto. Al escuchar los pasos de Rosa dejó asomar la cabeza, escondida tras un ciprés. No le agradaba ser visto allí ni levantar más murmuraciones por sus reiteradas visitas al cementerio. Cuando vio la silueta de la mujer, su garganta sofocó un nombre, el de Carmen, que él no acertó a vocalizar. Discreto, la siguió en su recorrido, el sonar de los tacones indicaba a Fermín que no se trataba de una de sus visiones. Era Carmen, tal cual la recordaba. Poseía la misma figura erguida y esbelta.

La mujer, en su recorrido minucioso por las calles y rincones del cementerio, parecía buscar algo que no encontraba. Regresaba a sus propios pasos e iniciaba de nuevo el trayecto. Al poco se paró, al detectar la procedencia de un ruido. Retrocede hacia atrás y siente cerca un revuelo de alas. Se trata de una pareja de cuervos que al ser sorprendidos emprendieron vuelo. «Estas aves son portadoras de malos augurios» — pensó Rosa, prosiguiendo su andadura despreocupada. «Al fin y al cabo son aves carroñeras en busca de alimento» —se dijo. Nada puedo temer de los muertos, solo son eso, muertos.

«Que descansen en paz los muertos» —murmuró Fermín en voz queda mientras hacía la señal de la cruz. Convencido de haber provocado la muerte de Carmen treinta y cinco años atrás. El alcohol y los celos obsesivos desembocaban en broncas constantes y agresiones, hasta la noche en que la abandonó como un fardo en la carretera, después de una gruesa reyerta. La dejó allí tirada esperando que algún vehículo la arrollara y completara su felonía. Como no hubo consecuencias posteriores, se convenció de que otro hizo desaparecer el cuerpo de la joven. Sin familiares y siendo forastera en ese pueblo, todos creyeron que se había marchado del lugar, abandonando al indeseable novio alcohólico. Nadie la reclamó ni se supo más de ella. Solo él conocía la verdad de lo ocurrido.

Los años y problemas de salud le llevaron a reflexionar y tuvo que abandonar la bebida. Gracias a los médicos y con voluntad, logró su recuperación. No puede perdonarse las penas que ha causado, intenta olvidar el fantasma de la que fuera su novia de juventud. Nunca se ha casado, su madre se lo desaconsejaba.

—Hijo, no te emparejes. Mientras bebas tanto no debes hacerlo, ninguna mujer es feliz con un alcohólico. Lamento decirte que ya estás casado con la botella.

Tampoco puso interés en tener una unión estable. Fue dando muchos tumbos sin fundamento ni rumbo. La madre, Elisenda, era la gran víctima silenciosa, primero del marido y después del hijo. «La fidelidad familiar, en ocasiones, lleva a imitar las conductas poco ejemplares de los progenitores». En momentos de silencios y soledad, Fermín recurre en pensamiento al recuerdo de la madre bondadosa, para que le alivie las penas del alma. Siente la calidez de sus manos y ambos se arrebuja en un abrazo. Sabe que le perdonó antes de fallecer, ella todavía no le suelta y continúan unidos por un hilo imaginario.

Rosa ha venido en busca de nombres. La parte de su origen que hasta hace poco desconocía. En este singular pueblo fue engendrada. Recorre las calles del cementerio, se detiene a observar las lápidas, sus inscripciones; nombres y apellidos, analiza fechas de fallecimientos y descubre con respeto y emoción que cada difunto arrastra una biografía. Primero quiere reconstruir la suya, es el motivo que la ha traído a este lugar. Se lo debe a su madre, quien fuera golpeada y abandonada en una carretera de este valle pirenaico.

Siempre con el respeto y amor hacia ella, busca indagar sobre lo ocurrido. Carmen, en vida, no reunió el suficiente valor para comunicarle su origen. Lo consideraba tan triste y vergonzante que no quería ensombrecer la vida de su hija. Pero aquella noche fatídica no se cumplió el perverso plan que su novio deseó para ella.

Rosa es periodista, está acostumbrada a obtener noticias de los entresijos que, le permiten reconstruir y armar una historia. De las mentiras consigue medias verdades y de estas un relato. Su madre le dejó un testimonio escrito para que lo hallase después de su fallecimiento. Lo encontró en un cajón del armario, se trata de un libro de tapas forradas en tela con el nombre de su hija bordado.

Carmen había sido tan humillada y vejada por Fermín que nunca encontró el momento de destaparle a su hija su triste procedencia. Carlos, al que la hija ama y considera su padre, no es el padre biológico. Es su padre adoptivo a efectos legales. Suplió con tal cariño al que fuera el padre putativo, que nadie puso en duda su consanguinidad y filiación.

«Los fallecidos descansan en su lecho eterno» se repetía una y otra vez el atormentado hombre, en un intento de tranquilizarse sin lograrlo. «El demonio se ha

instalado en el cuerpo de Carmen» —se dijo. Con el suyo encogido, vigilaba a su alrededor para evitar que ese «ángel exterminador», blandiera su espada contra él. Temblaba de pensar en un encuentro fortuito, porque no podría mirarle a los ojos sin delatarse. Fermín lamentaba su vida desperdiciada.

Llevaba tiempo preparándose para la muerte. Por tal motivo adquirió una parcela en el cementerio. Quería ser enterrado bajo tierra, en una tumba exenta, donde descansar en soledad cubierto por una losa de granito. En la tumba familiar no, allí no. Había producido mucho dolor a sus padres en vida y no deseaba alterarles su descanso eterno. Eligió una ubicación soleada y apartada, próxima a los cipreses. Hasta que llegase su momento, en ella cultivaba siemprevivas, lavandas y rosas blancas que distribuía por los nichos olvidados. Deseaba que en la losa se inscribiera un fragmento de la elegía que Miguel Hernández dedicó a su amigo de Orihuela. De tal modo él se definía ya en vida.

*Ando sobre rastros de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.*

Carmen inconsciente, magullada y embarazada de dos meses había sido abandonada en medio de una carretera comarcal, treinta y cinco años atrás. Esa noche esperó a Fermín en casa, para darle la noticia de su próxima paternidad. Pero él no llegó a la hora de cenar. ¡Siempre tenía tantas excusas para justificar sus demoras!

Al finalizar la jornada de trabajo, tres compañeros propusieron quedarse a jugar al Bingo en la ciudad, tuvo suerte y cantó un premio. Para celebrar su fortuna comenzaron a tomar copas y él siguió jugando. Después de conducir con temeridad y de noche, llegó a casa ebrio y malhumorado por haber perdido el dinero. Lo que sucedió era previsible. Antes de enfrentarse al enojo de su novia, comenzó tirando la cena preparada diciendo que estaba fría y que no valía nada, también peleó contra los muebles y puertas. Ella intentó escapar al dormitorio, pero la alcanzó y tras el forcejeo quedó inconsciente. Después, ya sabemos cómo se deshizo de su novia.

Carmen sobrevivió al cruel y despiadado propósito de Fermín. Inconsciente permaneció tumbada en la carretera, pero un vehículo que circulaba a poca velocidad vislumbró su cuerpo tirado y se detuvo. Se trataba de una pareja de veraneantes. Ellos la recogieron y conmovidos por el estado en que se encontraba la muchacha la acomodaron como pudieron en su furgoneta hasta lograr reanimarla y que dejara de tiritar. Cuando se disponían a trasladarla a un hospital, Carmen llorando les imploró que no lo hicieran, por compasión lo aceptaron, pues desconocían qué le atemorizaba. Después la trasladaron a su casa de vacaciones. Se ocuparon de curar sus magulladuras y cuando lo físico se restableció, continuaron con sus cuidados. La incorporaron a la familia intentando rehabilitar su autoestima y los deseos de vivir por el bebé que esperaba.

Rosa desconocía hasta hace poco, las trágicas circunstancias que determinaron en su madre la decisión de «empezar de nuevo»: «Había vuelto a nacer y esperaba un hijo por quien luchar». No mediaron denuncias contra Fermín por intento de asesinato. La futura madre solo deseó desaparecer de ese entorno y jamás regresar. Tenía la esperanza de que la olvidaran y no ser buscada, hacerse invisible para Fermín y cuantos habitantes del pueblo la habían conocido. Debía comenzar una nueva vida lejos del valle. De Elisenda, la amable mujer, sí que guardaba un agradecido recuerdo, pero no podía comunicarse con ella ni decirle que estaba embarazada. Optó por perder. Dejó atrás todas sus pertenencias, la documentación y los recuerdos. Nunca reclamó nada. Sus benefactores, Rosa y Joaquín, conocieron su historia y la aceptaron.

—Rosa, cuando nazca mi bebé, si es niña, llevará tu nombre porque te debe la vida —dijo Carmen.

—¿Y si es varón?, ¿qué nombre le pondrás?

—Si es varón se llamará Joaquín como tu marido, o quizá Carlos como vuestro hijo. Será un honor. Cualquiera, el que tú elijas. —contestó Carmen.

Rosa es consciente de la presencia de Fermín. Él no se aproxima, reprime el deseo, porque es esquivo y timorato, pero sí constante en la vigilancia. Ella se sienta a descansar en un banco, a la espera de que el otro se decida a dar la cara. El hombre se detiene. Cesa el ruido de sus pasos sobre la gruesa gravilla de piedras. Rosa saca una pequeña libreta del bolso y comienza a escribir.

Fermín se impacienta.

Falta la acción.

La pausa se alarga.

La curiosidad le domina.

Rosa controla los tiempos y el relato, sabe de su historia, pero la cercanía y vigilancia de aquel hombre desconocido la mantienen tensa.

Una llamada a su móvil interrumpe el silencio. Es Carlos, el padre de Rosa.

—Hola papà. Sí, tot va bé, tranquil. Estic al cementeri, la dona va morir, he localitzat la seua tomba, només això. És un cementeri molt bell, tranquil i cuidat. Després aniré al Roncal, per visitar el mausoleu de Julián Gayarre. És una bellíssima obra de l'escultor Mariano Benlliure, el nostre paísà. Dona-li petons als iaies de la meua part, també li dius a la iaia Rosa que, em faça una truita de creïlles, que demà aniré a dinar a la seva casa. Adeu papà. Fins demà.

Unas mariposas intentan escuchar la conversación, revolotean en torno a Rosa, pero como no se enteran de nada, se alejan para ir a libar de las plantas.

Fermín *el guardián de los muertos*, lo desconoce todo, lo perdió todo, solo ha sustraído la imagen de un fantasma a través de una silueta.
